

CHANDAVILA, LUZ PARA NUESTRA IGLESIA

(27 de mayo de 2025)

Queridos hermanos de España y de Portugal, devotos todos de Ntra. Sra. de los Dolores de Chandavila: ¡El Señor os dé la paz!

Bienvenidos seáis todos, hermanos y hermanas, a la casa de la Madre. Bienvenidos especialmente los enfermos y todos aquellos que hoy, siguiendo una praxis que ya es tradición, vais a recibir el Sacramento de la Unción. Hacemos hoy, como cada 27 de mayo, memoria de un hito religioso llamado a iluminar la historia de nuestros pueblos, particularmente la historia de nuestra Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz y *que quiere ser Luz para España*, como deseaba el amado papa Francisco.

Hoy recordamos, hacemos memoria grata de lo que aquí sucedió hace precisamente 80 años cuando el 27 de mayo de 1945, la Virgen se le apareció a las niñas, Marcelina Barroso y Afra Brigido, para transmitir un mensaje de paz, oración y penitencia. Desde entonces, particularmente desde, con la aprobación pontificia, hemos declarado este lugar Santuario Diocesano, el lugar se ha convertido en un centro de peregrinaciones.

Nuestra celebración no es solo un recordatorio de un evento pasado, sino que quiere reafirmar la fe de todos aquellos que, *mendicantes de sentido*, queremos buscar consuelo y esperanza en este pequeño y hermoso rincón de Extremadura, donde la Virgen, en su advocación de los Dolores, quiso manifestarse y quiere seguir derramando sus gracias a quienes visitamos con fe este lugar donde a pesar del paso del tiempo, sigue sintiéndose muy viva la presencia de María, nuestra Madre, quien nos sigue invitando a la oración y a la penitencia, así como haciendo una llamada apremiante a la paz.

Llamada a la **oración**, a ese “trato de amistad”, como la definió la Mística abulense, Santa Teresa de Ávila; a una conversación con Dios y a una comunión con Él donde el hombre expresa sus sentimientos, deseo y necesidades a la vez que se abre a la escucha de Dios.

La oración es una relación personal e íntima, un diálogo donde se manifiesta la alianza entre Dios y el ser humano, mediada por Jesucristo y guiada por el Espíritu Santo. La oración es elevar el corazón a Dios. La oración cristiana supone una relación personal y viva de los hijos de Dios con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. La oración es la llave que abre nuestro corazón y nuestra alma al Espíritu Santo, a su acción en nosotros.

Pero, ¿cómo se aprende a orar? Aunque pueda parecer extraño, a orar se aprende orando, como a nadar se aprende nadando o a conducir se aprende con el volante en la mano. Y lo que nos debería impulsar a orar es el deseo de Dios. Dios nos ha creado para Él. Dios ha impreso en nosotros la necesidad de comunicarnos con Él. Eso es la oración. Él nos busca antes que nosotros le busquemos a Él. Te sientes solo, no tienes con quien hablar. Allí está Dios. Él siempre está. Estás en peligro y surge esa aclamación de importancia y de ayuda. Allí está Dios. Te sientes feliz y quieres compartir con el que es el Bien, todo Bien, el Sumo Bien (San Francisco de Asís), allí está Dios que te espera para aumentar tu alegría.

La oración no es un escape. Si es auténtica, quien ora experimentará una profunda unidad de vida entre oración y acción, entre amor total a Dios y amor a los hermanos. Pidámosle al Señor, por intercesión de su y de nuestra Madre, la gracia de la oración.

La penitencia que aquí pidió la Virgen es un acto de conversión, arrepentimiento y reparación por los pecados cometidos. La penitencia se expresa de muchos modos, pero un modo que hemos de privilegiar es la confesión o sacramento de la reconciliación, una de los sacramentos más consoladores pues nos permite tocar con mano la misericordia de nuestro Padre Dios, siempre dispuesto a acogernos y perdonarnos: siempre, siempre, siempre. Otra expresión de la penitencia es la práctica de la limosna y de la caridad que, como dice San Pedro en su primera carta (4, 8), "cubre multitud de pecados".

Por último, **la paz** que pide la Virgen es sinónimo de reconciliación. Reconciliación en sentido integral: con uno mismo, con Dios, con los demás y con la creación, sacramento del Creador. Acojamos, queridos peregrinos, la paz que el Señor nos da, una paz que no es simple ausencia de guerra, sino compendio de todos los bienes mesiánicos, fruto de la justicia y del amor. Sin esta paz en los corazones, el mundo está siempre amenazador por las guerras, las familias por la ruptura, nuestras comunidades por la discordia y las rivalidades. Necesitamos la paz del corazón que solo Jesús nos puede dar. Escuchemos el imperativo de San Pablo: "Dejaos reconciliar con Dios" (2Cor 5, 20).

Queridos hermanos y hermanas: he ahí el mensaje de la Virgen en Chandavila: oración, penitencia y reconciliación. Todo ello es don del Señor que debemos implorar en la oración, pero también es compromiso de cada uno de nosotros. Que la visita a este santuario nos mueva a dar pasos significativos en este sentido.

Hoy algunos de vosotros vais a recibir el sacramento de la Unción de los enfermos, un sacramento con el cual la Iglesia pide al Señor la salud del cuerpo y del alma del cristiano que pasa por una enfermedad o que tiene una edad avanzada. Con él pedimos una gracia especial para los que reciben dicho sacramento de modo que sean reconfortados los atribulados por la enfermedad. Gracias queridos hermanos por recibir con lucidez este sacramento. Gracias a quienes os han preparado para este momento. Contad con la oración de todos los aquí presentes. La Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz confía en vuestra oración y su Arzobispo también. En estos tiempos delicados y duros (Juan Pablo II), caracterizados por el cambio de época (Papa Francisco), se necesitan hombres y mujeres fuertes en la fe que sustenten a los flacos, hombres y mujeres sostenedores de los débiles (Santa Clara). Vosotros, queridos hermanos enfermos, podéis ser uno de esos pilares que sostienen la Iglesia. No nos privéis de esa gracia.

Las lecturas de este día, martes de la VI semana de Pascua, nos presentan el camino de la Iglesia primitiva en el que no faltan las persecuciones: "después de molerlos a palos, los metieron en la cárcel", nos dice la primera lectura tomada de los Hechos de los apóstoles (16, 2-24). Es en medio de las persecuciones como se va edificando la Iglesia y como, gracias al testimonio de los discípulos, crece el número de los que creen en el Señor Jesús. No es fácil dar testimonio de nuestra fe en esta sociedad en que nos ha tocado vivir y en la que muchos creen, como afirmó el Papa León recién elegido, que creer en Jesús es propio de los débiles y en la que muchos nos soportan pero no nos entienden ni nos aman. El discípulo ha de asumir que en su vida de creyente no estará exento de incomprendiones e incluso de persecuciones, como vemos actualmente en muchos países. Pero en este camino de no estamos solos, el Espíritu Santo que el Señor ha prometido enviarnos, como hemos escuchado en el Evangelio, (Jn 16, 5-11), nos ayudará en esa misión delicada.

Dejémonos impulsar por él. Y así como Él se hizo presente en Pentecostés, mediante una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde estaban los discípulos, e hizo

temblar los cimientos de la cárcel para abrir las puertas y saltar los cepos, como escuchamos en la primera lectura, así también hoy, gracias al testimonio valiente de tantos cristianos en medio de tantas dificultades y persecuciones, nos muestra que todo esfuerzo humano por controlar y ahogar el dinamismo que la Pascua ha despertado en la historia es vano e insuficiente. Nadie ni nada la podrá sofocar el fuego del Espíritu. La Palabra de Dios no puede estar encadenada. Es una Palabra que libera..., por dentro y por fuera.

Queridos hermanos, el paso por este santuario de Chandavila, debe ayudarnos a crecer en la fe y a dar testimonio de Jesús con valentía. El encuentro con la Virgen no puede dejarnos como antes. En la vida del discípulos tiene que haber un antes y un después. Ella nos enseña el camino para crecer en la fe: fiarse del Señor y hacer lo que él nos diga, escuchar la Palabra y ponerla en práctica. *Fiat, fiat, amen, amen.*